

humano. Para este estudio servian los cadáveres de los reos ajusticiados. Cuando al fin, en el siglo XVI, se mostró mas tolerante la Iglesia, y Vesal, el celebre médico de Felipe II, rey de España, publicó su libro *De corporis humani fabrica*, resultado de largos estudios anatómicos hechos sobre el hombre mismo, hizo notar mas de un error de Galeno, que no habia estudiado sino sobre los monos y casi siempre sobre figuras de éstos. Sucedió una cosa muy graciosa, y es que la mayor parte de los médicos se irritaron, tomaron calorosamente el partido de Galeno, y pretendieron que no era aquel, sino Vesal, el que se hallaba equivocado.

Hay en la colonia del Cabo, cuenta un viagero, Mr. Pucheran, ayudante del Museo de Ciencias naturales de París, que los monos jóvenes de la especie del cynacephalochama, son muy buscados por los habitantes de la ciudad, porque sirven para guardar las casas y avisan cuando llega una persona extraña. Al mandato de su amo traen y llevan los objetos que se les señalan, con la misma docilidad que nuestros perros domésticos; pero para que hagan las cosas hasta el fin, es preciso que la persona que los mande no los pierda de vista, porque á poco que aparte los ojos de ellos, se aprovechan de la ocasion para escapar y dejan caer al suelo el objeto que llevan en las manos. A algunos de ellos se les emplea tambien en trabajos útiles: aqui un herrero se sirve de un chacma para dar al fuelle de su fragua; allí, un campesino hace conducir por medio de una cuerda un par de bueyes uncidos á una carreta, y cuantas veces se trata de atravesar un arroyo, salta el mono sobre uno de los bueyes, se acurruca sobre él hasta que no tema mojarse. Los hotentotes no tocan jamás á las sustancias alimenticias, que no quiera comer un chacma, porque saben que guiado por un instinto infalible, repugna todo lo que

puede hacer daño. Asi nada es mas difícil que envenenar los chacmas, de que quiere uno deshacerse. Uno de estos monos permaneció diez dias sin tocar á la comida que se habia preparado para matarlo.

¿Por qué el hombre no ha pensado mas seriamente hasta ahora en utilizar al mono entre los animales de que se sirve? el mono, en efecto, es mas inteligente que los carnívoros á cuya cabeza es preciso colocar al perro. Además, el mono es un animal sociable. Vive en bandadas que reconocen un jefe frecuentemente el mas viejo aunque haya dejado de ser el mas fuerte, pero por consecuencia de hábitos de familia. El mono macho vive en comunidad de habitacion con una y algunas veces con muchas hembras. ¿Por qué el hombre no se ha valido de los monos para hacerlos servir para sus trabajos? La verdadera razon, tal vez, y triste es decirlo, es que para domar la petulancia y el instinto de independencia en el mono, le hubiera costado al hombre mas trabajo, mas esfuerzo, mas perseverancia que la que ha necesitado para sujetar por la astucia y la fuerza de su voluntad á las inteligencias degradadas de sus propios semejantes, manteniéndolos en un estado inferior al bruto. En las islas de la Sonda, el siervo al hablar del mono dice que es un hombre que prefiera la vida errante de los bosques, á la vida estacionaria de un pobre diablo, sometido á la servidumbre y agoviado de impuestos. En el Brasil, el negro azotado mira al mono y se va murmurando, esa gente no quiere aprender á hablar de miedo de que le hagan trabajar. ¿A qué fin el *Homo sapiens* habia de tratar de reducir á servidumbre al *Homo-troglodita* ó al *Homo-satirus*, cuando tiene bajo su mano su propio hermano, que se resigna á servirle á trabajar por él y á obedecer al golpe de su látigo?

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA SORPRESA DE NAMUR.

I.

Terminaban los divinos oficios en la bonita iglesia llamada del Temple, en Valencia, y ya el sagrado recinto se iba desahogando del esceso gentío que allí estuvo aglomerado durante la funcion. Los caballeros de Montesa á quienes el templo pertenecia, habian celebrado en él una de sus funciones de instituto con toda la pompa y magestad del culto cristiano, y á una solemnidad tan notable por todos conceptos, habian asistido las personas mas distinguidas de Valencia. Entre ellas podia contarse con justa razon á don Carlos de Almenara, jóven de gallarda presencia, que juntamente con sus finisimos modales era lo único ventajoso que poseia, pues en cuanto á los bienes de fortuna, esta habia andado con él sobremanera escasa. Si don Carlos no era noble por su alcurnia, lo era por sus prendas y solo le faltaba serlo por su valor. La vista de los caballeros de la órden militar y religiosa con su pintoresco trage, habia enardecido su espiritu, y salia del templo considerando que solo le faltaba ilustrar su nombre, para hacerse

digno de ostentar aquellos honrosos distintivos. De improviso hirió su vista una misteriosa aparicion: entre las personas que aun permanecian en el templo, habia arrodillada junto á uno de los pilares, una jóven en actitud humilde y como arrobada en religiosa contemplacion: un largo, pero trasparente velo, que le caia desde la cabeza, no podia encubrir ni sus bellas formas, ni su talle elegante, en términos que el jóven caballero hubo de quedarse suspenso y de tributar á la criatura la admiracion que en aquel sitio solo debiera tributarse al Criador, y cuando la bella señorita, que advirtió aquella detencion, volvió hácia él sus ojos, el jóven tuvo que sofocar una exclamacion en que iba á prorrumpir, al contemplar su lindo rostro y al sufrir su mirada irresistible. Esperó don Carlos á la puerta de la iglesia y aun se atrevió á dar el agua bendita á la desconocida, que alargó para recibirla una mano tan blanca y tan fina y murmuró las gracias con voz tan dulce y armoniosa que el jóven quedó enteramente prendado de ella. Llegó entonces un señor ya anciano, uno de aquellos caballeros de Montesa que habian figurado en la solemnidad, y dando el brazo á la jóven, ambos desaparecieron, seguidos de algunos fieles servidores.

Pronto el enamorado don Carlos llegó á averiguar la morada de la jóven desconocida: supo que su nombre era Leonor, que el caballero que la acompañaba era su padre, ya viudo, y que no tenía mas consuelo, ni mas compañía que aquella hija única. Supo también el jóven, pues para esto el amor es ingenioso, hacer que llegase hasta Leonor la espresion de sus amorosos afectos, teniendo la dicha de que no fuesen recibidos con desden; pero lo que no acertó á conseguir, fué el penetrar en casa de su querida. Tan solo pudo alguna noche verla unos cortos momentos á la reja y aun esto con tan escasa fortuna, que cierta noche, cuando mas entretenido estaba en el sabroso coloquio, se abrió de improviso la puerta de la casa, y un embozado personaje salió y se dirigió hácia él. Púsose don Carlos en actitud de defensa con la arrogancia que le caracterizaba; pero su ademán hostil hubo de cesar, reconociendo en el que se acercaba, al padre de su amada. El respetable caballero, que parecia también prendado de la buena presencia del jóven, se acercó á él con varonil desenfado y dándole un golpecito en el hombro le dijo:

—¿Creeréis que voy á enojarme porque cortejais á mi hija? Nada de eso: si ella os ama, soy incapaz de sacrificar su felicidad á un mezquino sentimiento de interés, pues creo que la nobleza adquirida es mejor que la heredada. Caballeros ricos é ilustres pretenden á mi hija; pues sabed, y esto no os envanezca, que yo os prefiero á todos ellos. Mas un requisito os falta: haced vuestro nombre glorioso, y mi hija se envanecerá de daros la mano. Esta vengera que llevo en el pecho, allá la gané yo en las guerras de Flandes.

El jóven estrechando la mano del caballero, le dijo con efusion.

—Gracias, señor: me haceis entrever una felicidad sin límites, y ademas me recordais mi deber. ¡Oh! yo os juro que vuestros deseos quedarán satisfechos.

II.

Acontecian estos sucesos á principios del año de 1377, cuando el rey don Felipe II habia nombrado gobernador de los Países Bajos, á don Juan de Austria, hijo natural del emperador Carlos V. La llegada del nuevo gobernador á tan agitados países, habia causado universal alegría, y en todas partes era recibido conforme á las esperanzas que su valor, su prudencia, su noble aspecto y hasta sus francos modales hacian concebir. Con don Juan habian pasado á Flandes muchos caballeros distinguidos, aventureros ansiosos de peligros y fortuna, y sobre todo, jóvenes entusiastas que anhelaban participar de los azares y de la gloria de los combates: uno de estos animosos jóvenes fué don Carlos de Almenara.

Por entonces le convenia mucho á don Juan de Austria apoderarse de alguna plaza fuerte en la frontera, para que fuese la base de sus operaciones, y tenia su pensamiento fijo en Namur, situada á unas trece leguas de Bruselas. Entrar en la ciudad no era cosa difícil, pero lo importante era apoderarse de la ciudadela que dominaba la poblacion, y en la que los Estados tenían un gobernador leal y decidido con la gente necesaria para su custodia. Tuvo don Juan un pretexto plausible para presentarse en Namur, y fué el ir á ofrecer sus respetos á la reina de Navarra, Margarita

de Valois, que de pasó para las aguas de Spa, habia de detenerse en Namur. Fué, pues, allí con grande acompañamiento de caballeros y otras personas de su séquito, resuelto á tentar un golpe de fortuna, y lo verificó del modo siguiente: Con pretexto de una cacería, salió don Juan con sus caballeros á quienes encargó fuesen preparados para todo evento y llevasen armas ocultas. Al llegar á las inmediaciones de la ciudadela, paró don Juan á su gente y exclamó:

—Necesito unos cuantos hombres de valor para una empresa arriesgada.

Don Carlos de Almenara fué el primero que salió al frente y su ejemplo animó á otros muchos; hasta que don Juan dijo eran suficientes. No sabian la expedicion que iban á emprender, pero don Juan se la esplicó, dividiendo su gente en dos cuerpos y quedando los segundos en acudir á una señal convenida al auxilio de los primeros. Era la madrugada del día 24 de julio, y don Juan envió al gobernador de la ciudadela un mensajero convidándole á participar con él de las diversiones y azares de la caza en aquel dia. Tuvo el gobernador á mucha honra tal convite y vino á reunirse con don Juan que guardó con él todo genero de atenciones. Como en una de las giras pasasen cerca de la fortaleza, don Juan dijo que tendria gusto de ver las fortificaciones de ella; pero este deseo le espresó con tal indiferencia que no dejaba traslucir empeño de ninguna clase. No puso reparo el gobernador, pues hallándose entonces don Juan bastante separado del resto de su comitiva, ningun recelo podian inspirarle los pocos cazadores que consigo traia, que no eran otros mas que los hombres entusiastas que don Juan se habia escogido. Entraron, pues, sin obstáculo, recibiendo los de la ciudadela como una honra semejante visita, mas cuando llegaron al patio central, viendo el gobernador á don Juan que dirigia á todos lados sus miradas investigadoras, le preguntó con inquietud:

—¿Qué os parece, señor, la fortaleza?

—¡Famosa! y tanto que ha de ser de España, desde este mismo momento.

—¿Cómo así! Ved, señor, que sois mi prisionero.

—Eso, ahora lo veremos!

Abriéronse los gabanes y sayos de caza y brillaron al aire las hojas toledanas.

—¡A las armas! gritó el gobernador despavorido.

—¡Santiago y á ellos! gritó Almenara queriendo asirle del collarín; pero una idea que de improviso le ocurre, le hace desistir de su empeño y volar á la puerta de la ciudadela, donde hace resonar los ecos con los penetrantes sonidos de su trompa de caza.

En tanto el grito de á las armas resonaba por los corredores y plataformas de la fortaleza, y todos cuantos hombres en ella habia se lanzaban al patio, dirigiéndose los mas á la puerta, para cortar la salida á los enemigos que dentro estaban. Allí el intrépido Almenara sostuvo solo el ímpetu de los contrarios, mientras por el repecho arriba subian á escape los demas caballeros del séquito de don Juan, que entrando furiosos arrollaron á los flamencos. En vano el gobernador los exhortaba á que se defendiesen: sobrecogidos de espanto y creyendo que un ejército entero venia sobre ellos, se fueron replegando al interior de la fortaleza, donde hubieron de rendirse á discrecion, sin que

tan señalado triunfo causase grande efusion de sangre. La toma de la fortaleza llevó consigo la de la ciudad, donde se habia esparcido la mayor consternacion. Don Juan de Austria estaba tan gozoso como envanecido por el buen éxito de su ardid, y dispensó y prometió grandes mercedes á los suyos. Llegándose al intrépido don Carlos, que permanecía modesto y retirado, le echó los brazos al cuello y le dijo, recargando notablemente la primera palabra.

—Capitan Almenara, bien merecida teneis la cruz de Santiago, á quien invocásteis, y yo haré que el rey mi hermano os la conceda. Por la hazaña de hoy y por vosotros todos, señores, he empezado verdaderamente á ejercer el gobierno de los Países Bajos.

III.

No llegó don Carlos de Almenara á conocer toda la fuerza de su pasion, hasta que se vió separado de su querida Leonor. Conoció que la amaba con todo su corazon, cuando advirtió que la ausencia mas que remedio era un estímulo de su amor, y cuando en medio de las agitaciones de su marcial profesion, nunca su imagen querida se apartaba un momento de su vista. Por lo tanto, así que hubo logrado el objeto por que se lanzó á los peligros de la guerra, ya se le hizo tarde para volver á España, consiguiendo el oportuno permiso y volando en alas de su deseo para aclarar las dudas que le asaltaban, desde que no tenia noticias de su bella prometida.

Grande fué la emocion de Almenara, cuando llegó á dar vista á las torres de Valencia desde uno de los pueblecillos inmediatos; pero la noche estaba ya encima y prefirió entrar en una posada para descansar de su fatigoso viaje y prepararse para aparecer decorosamente al siguiente día á vista de su amada. Su descanso, sin embargo, no fué muy duradero, pues como hubiesen llegado gentes que de Valencia venian á la posada, y los que en ella estaban les preguntasen qué nuevas traian de la ciudad, don Carlos al oír sus respuestas, hizo tambien una indicacion acerca de la familia y casa que tanto le interesaban.

—¿Qué no sabeis lo que pasa? le contestaron. En boca de todos anda el casamiento de la hermosa doña Leonor con un ilustre caballero que vive allí frontero de su casa.

—¡Oh! ¿eso es imposible!

—¿Cómo imposible! Mañana mismo han de tomarles el dicho, y hay grande funcion entre los parientes.

—¿Y va ella contenta al altar?

—¡Ah! ¿eso es otra cosa! Dicen las gentes que su padre es quien la obliga y aun que la ha tenido encerrada. Lo cierto es que ella está pálida, triste, llorosa...

Don Carlos, levantándose sin oír mas, gritó á su escudero:

—¿A caballo, Ortiz, á caballo!

—Pero señor, ¿qué teneis? ¿A dónde vamos?

—A Valencia. ¿A caballo, digo!... no hay tiempo que perder.

Partieron amo y criado, y aquel empezó por galopar con ardor, sin tener compasion del noble animal que iba como el viento, sin que tratase de serenarle, hablándole blandamente y acariciándole las crines, hasta que ya entraban por las puertas de la ciudad al siguiente día.

Hallábase el joven capitan en la incertidumbre de lle-

gar demasiado tarde, y por cierto que su recelo no era infundado, pues cuando apareció en el umbral de la casa de su amada, vió salir por la puerta del fondo del patio á Leonor con su padre y otro caballero, á quienes todos cedian el paso, sin duda para dirigirse á la iglesia, segun las noticias que á don Carlos habian dado. La repentina aparicion del apuesto militar produjo en todos una sensacion extraordinaria. Leonor dió un penetrante grito y quiso lanzarse hácia él, pero su padre la asió del brazo y la hizo volver á la sala, adonde todos retrocedieron. Don Carlos se lanzó resueltamente en pos de ellos.

—Leonor, gritó, ¿me reconoces? Animo, ya estoy yo aquí para evitar se consuma nuestra desgracia. ¿No es cierto que me has jurado eterno amor? Confiésalo aquí en presencia de todos.

La jóven por toda respuesta se arrojó por fin en los brazos del capitan, que altamente envanecido y requiriendo la espada exclamó:

—Ahora no hay poder en la tierra que pueda separarla de mí. Seria preciso antes acabar conmigo.

—Leonor, gritó su padre, ¿así desconocéis mi voluntad suprema?

—Vos, señor, dijo Almenara, tampoco podeis obligarla. ¿No os acordais ya? ¿No me prometisteis la mano de vuestra hija cuando volviere glorioso y triunfante de la guerra? Pues aquí me teneis con la banda de capitan concedida por el señor don Juan de Austria, y esta venera de Santiago, allá la gané como vos la vuestra, en las guerras de Flandes.

—¿Todo es cierto! exclamó el padre de Leonor, y volviéndose hácia el caballero que para esposo de ella estaba destinado, le dijo tristemente:

—Señor, el que creíamos muerto aun vive, y...

Cortóle la palabra el buen caballero, cuya posicion se iba haciendo ridícula, que sentia su amor trocarse en odio al observar las miradas radiantés que Leonor dirigia al bizarro capitan, y que comprendió sin tardanza que no podia ser muy afortunado un matrimonio violento comenzado con tan tristes auspicios. Por lo tanto con semblante sereno contestó:

—Nada de disculpas: el desengaño ha llegado muy á tiempo. Yo abandono para siempre esta casa; pero la ceremonia nupcial que no se interrumpa. Leonor sea conducida al pie del altar, pero sea el señor capitan quien la lleve, supuesto que era ya su esposa en el fondo de su corazon.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

DOS COMPOSICIONES

DE ALFREDO RETHEL.

Vamos dando á conocer á nuestros lectores del Museo los grandes genios, los artistas célebres que hoy existen de todas las naciones, procurando presentar ante sus ojos un diseño de sus obras maestras. Así lo hemos hecho con Carlos Avisseau y Freinkin, hoy vamos á darles á conocer otro artista célebre, cuyo genio escéntrico se revela en sus mismas composiciones.

Alfredo Rethel, nació en Aix-la-Chapelle, el 15 de mayo de 1816. Desde niño mostró las mas prodigiosas disposiciones para el dibujo, y niño aun, fué enviado á la escuela de bellas artes de Duceldorff, donde estudió con el célebre profesor Schadon, que reconoció bien pronto en su jóven discípulo los gérmenes de un gran talento, y le prodigó los mas solícitos y benévulos cuidados. Dotado de un espíritu grave y reflexivo sintióse irresistiblemente llamado

reproducir en una serie de cuadros de gran dimension y de una composicion complicada, periodos enteros, interesantes bajo el aspecto histórico ó científico. Este modo de comprender la pintura dice mas que nada, todo el atrevimiento idealista de que era capaz el jóven Rethel. Tomó por asunto de sus primeros trabajos *la Introducion del cristianismo en Alemania*, y sacó sus inspiraciones de la historia, sin tomar nada de la pintura alegórica. Rethel no ejecutó, sin



Muerte vengadora

á a pintura de historia. En la misma edad en que predomina la imaginacion á espensas de la verdad, Rethel se fijó en la realidad sin escluir la poesia. La energía varonil de su talento le preservó de las simplezas insipidas de la escuela moderna alemana. Idealista tanto como realista no se ocupa sino de objetos complejos, así es, que en sus principios, salido apenas de la escuela, concibe el proyecto de

embargo, de este vasto proyecto sino la predicacion de misionero inglés Wimfrido, á quien la leyenda latina llama Bonifacio, en los bosques de la Germania. Otras muchas composiciones relativas al mismo asunto, han sido en parte bosquejadas ó proyectadas, pero jamás han sido llevadas á cabo.

Rethel apenas tenía veinte años, cuando salió de la es-

cuelá. Presentó al mismo tiempo que su introducción del cristianismo, algunos cuadros que fueron grabados por Duceldorff. *El Daniel en el foso de los leones*, que pintó muy poco despues, hizo olvidar sus cuadros de historia: esta obra es en cuanto á pintura una de las mas perfectas de Rethel y figura con distincion en la galeria del instituto de Staerel, en Francfort. *El San Martin, dividiendo su capa*,

elogio del artista. Otros cuadros compuso tambien á su salida de la escuela, entre ellos: *la muerte de Gustavo Adolfo en la batalla de Lutzen*.

Advertido Rethel de su talento por el voto del público y de la critica resolvió consagrarse seriamente á su arte. Sus aspiraciones le inclinaban hácia la escuela de Munich, en la que cuenta ilustres discipulos el idealismo. Abandonó



Muerte bienhechora.

que apareció inmediatamente, despues no tuvo gual éxito. Rethel se elevó á una gran altura por la pintura alegórica de *Némesis persiguiendo á un asesino*. Cuentan que habiéndose rifado este cuadro por la sociedad de bellas artes de Francfort, le cayó por la suerte á un juez prevaricador que se volvió loco por la terrible impresion que le causó esta pintura. Podrá muy bien ser esto un cuento inventado en

á Duceldorff á pretexto de disentiimientos políticos que estallaron en aquella época entre los países del Este y los países situados mas acá del Rhin, y se marchó á Francfort donde contaba aprovecharse de las lecciones y de la influencia de Felipe Veit. Durante los primeros tiempos de su maasion en esta ciudad, hizo un gran número de dibujos para los editores de Duceldorff. La union de las artes de

Wesfolia habiendo acordado adornar a su costa el salón del consejo de Aix-la-Chapelle con frescos, representando la vida de Carlo-Magno, llamó a un concurso público. Rethel presentó en él los mejores bocetos. Sus cartones contenían nueve asuntos tratados con gran sentimiento dramático e histórico. Cuatro cuadros solamente de éstos se hallan hoy terminados. Es prodigiosa la actividad de este artista que ha compuesto otra porción de cuadros sobre otros asuntos y muchos retratos de emperadores, entre los que debe citarse como una obra maestra el del emperador Carlos V.

Rethel pasó a Italia y trajo bocetos llenos de una afectación por el estilo antiguo, extravióse buscando un camino a su idealismo, desgracia que no cesaremos de lamentar, porque había en él todas las cualidades propias de un grande artista. Desgraciadamente en estos últimos tiempos ha sido atacado Rethel de una enfermedad desesperada, y que debe hacerle considerar como muerto para un arte que debía ilustrar. Hemos visto el porvenir que presagiaban a Rethel sus principios. Si tan bellas esperanzas no se han realizado, es porque arrastrado por su pasión a los dibujos descuidó el pincel. Como dibujante es sobre todo como es grande Rethel. Con el lápiz y el difumino es constantemente poderoso, inteligible, su ejecución es perfecta, mientras que una afectación de estilo severo no le lleva a la imitación servil de los grabados viejos. Pero allí mismo en donde él se engaña en la ejecución por efecto de una aspiración exagerada hacia lo simple y natural, su concepción es siempre limpia, vigorosamente dramatizada, es verdaderamente se puede decir, según la expresión de un crítico alemán, que el espíritu de la humanidad se agita en sus composiciones, reemplazando la idea viviente por la acción viviente. En la multitud de dibujos donde respiran sus más preciosas cualidades como artista idealista, han producido una impresión profunda *la Muerte vengadora* y *la Muerte bienhechora*, dos grabados en madera que han tenido en Alemania un éxito y una boga prodigiosos.

Presentamos aquí a nuestros lectores estos dos grabados, y podrán juzgar por ellos del género de este pintor idealista.

En la *Muerte vengadora* ha pintado Rethel la primera invasión del cólera en París en 1831 en medio de un baile de máscaras. La escena es conmovedora. Imposible es personificar mejor el castigo que en esa figura sombría, impasible, que se sienta como sobre un tribunal. Diríase que era la implacable justicia de los egipcios esculpida en el granito de Sesostris. La acción de la muerte y la expresión de satisfacción venganza con que acompaña su horrible simulacro, justifican bien el espanto que hace huir a los músicos y a las máscaras. Las víctimas que yacen a sus pies con sus carnavalescos oropeles, recuerdan la belleza, la juventud y la fuerza heridas en medio de una culpable profanación de la vida. ¡Idealidad profunda! ¡moralidad terrible! No hay un solo detalle en esta representación infernal que no concurre poderosamente al efecto general: el estupor ante un inesperado castigo!...

El segundo grabado materializa una idea consoladora bajo una forma brutal. Realiza aquel adagio filosófico de que la muerte no sorprende al sabio. ¡Qué bien dispuesto está para recordar la tarde de un bello día ese fondo ra-

diado por los fuegos de un sol poniente! ¡Alrededor de ese anciano qué orden, qué tranquilidad y qué decencia! Todo a su lado revela los constantes hábitos de su vida, la piedad, el estudio, la templanza y la sobriedad. Con qué resignación aguarda la muerte... Abandónase a ella cual un viagero fatigado se abandona al sueño. Después de todo si la muerte es un despertar como dice Hamlet, no tiene aprensión en despertar en la otra vida. Su alma se halla preparada a tornarse al seno de Dios, como el pájaro posado sobre su ventana está dispuesto a tornarse hacia los rayos del sol. Ningún indicio de dolor, ni aun de tristeza solamente, se nota en esta tranquila morada. La muerte sola muestra pesar, y toca el lúgubre tañido de la campana con la expresión de una compasión profunda. ¡Ve tan raramente morir a justos! La muerte tiene el secreto de sus tinieblas, ¿por qué, pues, llora sobre esta existencia tan pura que va a extinguirse? recordemos las palabras del Eclesiastes para los que pudieran afligirse con ella; *llora moderadamente al que no existe, porque descansa*.

Nuestros lectores habrán visto cómo domina el ideal en las dos composiciones que acabamos de analizar, y cómo entiende Rethel la realización plástica de *la idea*. Nada hay de exagerado ó que choque con la verdad, fuera del personaje de la muerte, cuya figura es preciso aceptar. Podría suprimirse esta personificación en una y en otra composición, sin que por eso se cambiase el sentido de la pintura. No resultaría en la primera una lección menos terrible sobre las consecuencias de la disipación, y en la segunda un consolador ejemplo de un virtuoso fin. Decimos que en esto consiste el triunfo de Rethel, en haber sabido presentar de tal modo la muerte, que aun perdiendo de vista la figura de esa terrible segadora de hombres, se encuentra completa la idea de los menores detalles del cuadro. La presencia real de la muerte no es, pues, mas que una superogación con relación a la comprensión, y el artista no ha evocado esta sombra sino como elemento de poesía y de drama, prueba sensible de la medida con que Rethel junta la poesía a la ciencia, la imaginación a la realidad. Hemos analizado estas dos poderosas composiciones de Rethel. Tal vez hemos hecho mal. Hay mérito en estas dos bellas concepciones de su genio, pero este mérito es como el de la música, consiste mas que todo en la impresión que produce.

PENSAMIENTOS DE UN HOMBRE DE CUARENTA Y CINCO AÑOS.

A quince años me parecía que un hombre de veinte y cinco era ya demasiado juicioso. A veinte y cinco años miraba yo como un niño a un hombre de diez y ocho. ¡Hoy me parece que debe ser aun muy joven un hombre de cuarenta años!

He conocido que el mejor amigo de un hombre es una mujer.

Para asegurarnos de la amistad de un hombre, ponéle a prueba; para contar con el amor de una mujer, no la pongais a prueba jamás.

No he podido aun decidir quién es mas feliz en amor, si

el que engaña ó el que es engañado... Creo que es preciso tomar un partido, y ser las dos cosas.

Cuanto más se envejece uno, mas le gustan las mugeres jóvenes. A diez y ocho años nos agradan todas; á veinte y cuatro años se enamora uno frecuentemente de una muger de treinta y seis; pero á treinta años se prefiere la de veinte y cuatro; probablemente á medida que le van saliendo á uno canas, le van gustando las muchachas mas jóvenes.

En otro tiempo lloraba por un baile, por el teatro, por una diversion á que no podia ir: con la edad me he hecho juicioso, no lloro, pero me divierto menos.

En amistad me gusta estar acorde con el amigo; en amor me gustan los contrastes.

Cuando uno está enamorado, cree que jamás podrá dejar de estarlo; cuando uno no lo está, se admira de haberlo estado.

A medida que se avanza en la vida se adquiere experiencia, pero se pierden ilusiones. La experiencia hace al hombre desconfiado, las ilusiones le hacen feliz: se pierde, pues, mas que se gana!...

Cuando yo recuerdo las locuras que he hecho á la edad de diez y ocho años, por objetos que tan poco lo merecian, me arrepiento algunas veces. Cuando recuerdo el placer que me causaba el hacerlas, quisiera no ser juicioso á fin de volver á empezar nuevas locuras.

A quince años iba yo á los camposantos y me paseaba alegremente por ellos. A veinte años me paseaba, pero no alegremente. Ahora voy algunas veces y medito. Dentro de algunos años iré sin duda, pero raramente. Concibo que cuando uno se va haciendo viejo, dirija sus paseos por otro lado...

Comprendo que se canse uno del baile, del teatro, del juego: no concibo que se canse uno del amor, de la lectura y de la música.

A veinte años encontraba yo que las canas envejecian considerablemente. Ahora me parece que no alteran en nada la fisonomía: hace algunos años que voy viendo muchas sobre mi cabeza!...

A medida que se va adquiriendo experiencia, se va apreciando en su justo valor las vanas promesas, los discursos y los juramentos de los hombres; pero se deja uno siempre engañar de las promesas, juramentos y palabras dulces de una muger!...

EN EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE REGLA (1) EN 1854.

ANTES DE SU RESTAURACION.

SONETO.

¿Y aquí á la Virgen que benigna estrella
es del mar, con la fé de los mayores
el cenobita alzaba sus loores,
y el náufrago su tímida querella?

Sobre escombros tal vez mi planta huella.
(signo impío de vándalos furios)

(1) Situado junto á la villa de Chipiona, provincia de Cádiz.

el verde mirto y las fragantes flores,
que trajo en don la púdica doncella.

Mirase el ara á polvo reducida,
socavado el mármoleo pavimento,
de aves la excelsa cúpula guarida;

Y al gemir en sus muros ronco el viento,
hierve y repite el ola embravecida
de ilustres manes el piadoso acento.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

LA CALLE DE LOS JUDIOS

EN FRANCFORT.

Hace muy pocas semanas que en la asamblea constituyente de Madrid se ha leído una esposicion de los judíos de Francfort, pidiendo se les permitiese establecerse en España, ejerciendo en ella libremente su religion. Espulsados en otro tiempo de este pais, creyeron que era llegada la época de su vuelta por efecto de la última revolucion de julio. Esta peticion no ha sido concedida, porque los legisladores españoles, en su mayoría, fieles intérpretes de la voluntad del pueblo español, han rechazado la idea de la libertad de cultos, conservando la unidad religiosa á que debe España toda su gloria y que tan poderosamente ha sostenido en todas épocas. Con este motivo vamos á hablar rápidamente á nuestros lectores de los judíos de Francfort, que viven en una calle solos que bien podria llamarse un nuevo Belen. Esta calle fué la cuna de la familia de Roschild, de esa familia que ha tomado por el genio financiero de sus hijos, por los servicios que ha prestado á algunos gobiernos de Europa, adelantando sus inmensos caudales, un rango, una posicion tan considerable que la reprobacion que pesaba sobre la raza judaica se ha aplacado de repente en las regiones políticas y no ha tardado en convertirse en tolerancia entre las clases menos propensas á las preocupaciones y prevenciones religiosas. Esta mudanza que no es universal puede ya escitar la curiosidad de los observadores: traerá otra mudanza la que depende de la libertad y de la igualdad civil, de donde nace la conformidad de costumbres, de sentimientos, de derechos y de deberes. La tolerancia, ó mas bien la justicia, reparará lo que la persecucion y el ultraje han producido de escepcional en el carácter y los hábitos de la raza judaica en medio de la civilizacion cristiana. Ya hoy se ve á mas de uno de esos antiguos parias, separarse de las tradiciones avaras y falaces que constituyen el tipo proverbial de los judíos. Conócense hoy entre ellos hombres generosos, caritativos y desinteresados capaces de los mas nobles sacrificios. Parece que esta regeneracion data desde el brillo esparcido sobre el nombre célebre que ha salido de la calle de los Judios de Francfort.

No es solamente por su rara aptitud para el manejo de la hacienda, por lo que el judío señala esta regeneracion. ¿No vemos en todas las direcciones de la inteligencia la expansion de sus facultades emancipadas? Los grandes músicos de este tiempo son judíos. La mas grande trágica de hoy, Rachel, es judía. Los judios tienen médicos sabios é

ilustres y hábiles ingenieros. No han tenido tiempo de tener labradores, ni de ejercer profesiones manuales, culpa no suya, sino de los tiempos pasados, porque siendo una raza maldita proscripta, en todas partes no han tratado si-

no a mejorar la raza judaica y darla una posición que en vano busca despues de diez y nueve siglos, desde que el Hombre Dios lanzó sobre su cabeza el anatema al subir al Calvario. Muchas tentativas se han hecho desde entonces para



Calle de los Judios, en Francfort.

no de adquirir solo dinero y cosas que pudiesen fácilmente llevar consigo para escapar de la tiranía de sus opresores.

No creemos que el esplendor y la posición de una sola familia que brilla hoy, pero que se oscurecerá mañana, basta

reconstruir la existencia de Israel, siempre ha triunfado la sentencia que le condena a eterna dispersion sobre la tierra!...